

**DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Hilari Raguer, monje de Montserrat**  
**22 de febrero de 2009**

No podemos comentar las tres lecturas de este domingo. Hoy sólo me fijaré en una, la segunda. Y de esta segunda lectura, sólo comentaré una palabra: la palabra *amén*.

La palabra hebrea *amén* deriva de la misma raíz que "creer", y significa solidez, firmeza, fidelidad. Con esta palabra expresamos la certeza de la fidelidad de Dios hacia nosotros, y también la nuestra hacia Dios. *Amén* sale 60 veces al Antiguo Testamento. En el Nuevo, a pesar de ser sólo una tercera parte del Antiguo, se encuentra el doble, 129 veces. Jesús, para enfatizar una afirmación, dice: "*Amén*, en verdad, de veras os digo..."; o en Juan, duplicado: "*Amén, amén*, en verdad, en verdad os digo...". Al Apocalipsis es uno de los nombres de Jesús: "Eso dice el *Amén*, el testigo fidedigno y veraz" (Ap 3,14). El Apocalipsis, y con él todo la Biblia, acaba con el clamor: ¡"*Amén!* ¡Ven, Señor Jesús!"

San Pablo decía cosas sublimes a raíz de pequeños problemas cotidianos. Así, para corregir las rivalidades de dos señoras de Filipos les dice que tengan los mismos sentimientos que Jesucristo, "el cual, a pesar de ser de condición divina..." , y entonces les transmite el gran himno cristológico de Cristo que por nosotros se rebajó hasta la muerte, y muerte de cruz. A los corintios, que tenían unas asambleas eucarísticas un poco desenfrenadas, les dice que no es en absoluto aquello lo que él había recibido y les transmitió, y les narra la institución de la Eucaristía, en un relato muy anterior a los de los evangelios.

San Pablo había tenido que diferir su anunciada visita a Corinto y le habían acusado de ligereza, de decir tan pronto sí como no. Tan configurado se sentía con Cristo que, al empezar su segunda carta a los corintios (segunda lectura de hoy), para justificarse, se atreve a decirles que su palabra es tan firme como la Palabra de Dios encarnada, que es Jesucristo, y Jesucristo no es ahora sí, ahora no. "En él – en Jesucristo, continúa- todo se ha convertido en un «sí». Jesús es el *amén*, el sí a las promesas de Dios porque en él todas se han cumplido. Y por él, concluye san Pablo, podemos responder: «*Amén*» a Dios, para gloria suya, o sea confesando que por Él se nos ha manifestado la fidelidad de Dios a sus promesas. También decía, en la 1ª carta a los corintios: "Si das gracias a Dios sólo con el espíritu (o esté, en una lengua extraña), el que no ha sido iniciado no podrá responder «*amén*» a tu plegaria, ya que no entiende lo que dices" (1Cor 14,16).

El Diccionario del Instituto de Estudios Catalanes recoge, en la voz "amén", la expresión "decir amén a todo", y la interpreta como "aprobarlo todo". En el lenguaje corriente, decimos de alguien falto de personalidad y criterio propio que "sólo sabe decir amén". O bien: "Es como las bestias del Apocalipsis, que no hacen más que inclinarse y decir amén".

Unos dominicos franceses, sacerdotes obreros, habían comprobado que el lenguaje habitual de nuestra predicación y catequesis es absolutamente incomprensible a los obreros no evangelizados. Crearon una revista en la cual querían anunciar el mensaje cristiano con fotografías de escenas sacadas de la vida actual. Pues bien: para hacer ver la fuerza que tendría que tener nuestro *amén*, presentaban la foto del público de un estadio de fútbol que grita: "gol!"

En nuestra liturgia, el *amén* es muy importante. Las plegarias litúrgicas acaban siempre con el *amén*, con el cual la asamblea hace suyo aquello que ha dicho el que

preside. El momento más importante es sin duda la conclusión de la plegaria eucarística. El sacerdote la ha dicho en nombre de toda la asamblea, en primera persona del plural ("os damos gracias, os suplicamos", os ofrecemos"...), salvo las palabras de la consagración, que las dice en primera persona del singular, *in persona Christi*, y al final nos adherimos a aquella plegaria y la hacemos nuestra con el *amén*. También es muy importante el *amén* de antes de recibir la sagrada comunión.

Nuestro lenguaje, en las relaciones humanas, tiene que ser "sí" cuando es sí, "no" cuando es no. Pero lo tiene que ser todavía mucho más en nuestra relación con Dios, o sea, en la liturgia. Tendríamos que poner el alma en cada *amén*, para que fuera siempre tan auténtico como el *amén* de Dios a nosotros, que es su Hijo Jesucristo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros. Las dos direcciones (el *amén* descendente, del Dios fiel que en Jesucristo se nos da a nosotros, y al ascendente, de nosotros creyentes que por Jesucristo, con Él y en Él nos ofrecemos al Padre) encuentran su expresión más fuerte en la Eucaristía que ahora estamos celebrando.